

Sacar partido a la muerte



LADISLAO DE ARRIBA

He prometido a mis futuros deudos que desde ahora tengo que procurar que mi muerte no coincida con una campaña electoral, porque en seguida se apresurará el corregidor de la localidad donde fallezca a montar «show» electoralista con mi fiambre.

No pretendo inculpar a Alvarez del Peral y al Partido de la Gaviota, porque si la pobre Lola Flores llega a morir en tiempos de Juanito Precipicio y la banda del puño y de la rosa hubiese

ocurrido tres cuartos de lo propio.

Dice la copla que «cuando la prisa por ganar aprieta, ni la paz de los muertos se respeta».

Por estas y otras maneras de proceder somos muchos los españoles que estamos hasta el gorro de esta vaina de las elecciones. Con la televisión pasa lo mismo. Por fortuna, haciendo «zap-

He prometido a mis futuros deudos no morir en campaña electoral

ping» di con la retransmisión en vivo del «Giro» italiano que me compensó de tanto rollo electoral, tanta «Zarzamora», «Niña de

fuego» y demás celuloide rancio exhumado de las videotecas.

Lo de la retransmisión en directo del ciclismo aporta nuevas posibilidades al teledicto hastiado.

En el reportaje desde un helicóptero de la etapa del pasado martes vimos como, sin levantarse del sillín de su «bici», hacía «pipí» el suizo Rominger.

Harto ya de líderes políticos, más o menos carismáticos, que dicen las mismas mentiras cada cuatro años, esto de ver a un suizo mear a cuarenta y tantos kilómetros por hora, no deja de ser una variedad televisiva digna de mención.

Y, por tanto, de agradecimiento.

Entre paréntesis

La Faraona

LUIS MEANA

Lo ha dicho el maestro Raúl del Pozo, que conoció de cerca al trasatlántico: era como John Wayne pero con bata de cola. Olé a ese arte de las definiciones. Resulta que a España no la iba a reconocer ni la madre que la parió, pero mientras Francia pasa de Mitterrand a Chirac, en la Península asistimos a la explosión más grande que se haya visto nunca de la España telúrica: una explosión atómica de toreros, zarzamoras, cantaoras, jirones de camisas, gitanos, coplas, pañideras y duelo popular. Reaparece, en toda su magnitud y violencia, el fondo telúrico de España, aquello que se llamó el macizo de la raza. Como otros países están condenados, por posición geográfica, a las explosiones volcánicas, nosotros estamos condenados a estas explosiones cíclicas de las mitologías peninsulares. Vivimos, desde la Antigüedad, sobre el volcán del mito. España gira toda ella, como una peonza, sobre un par de mitos. La Razón es aquí mera quimera. Deberían tomar buena nota de ello D. Jordi Pujol y otros vates: el auténtico volcán nacionalista de España es esa lava confusa de madre coraje con el caló y la gitanería, la violencia del sexo, el sexo de los ángeles, el fascismo residual, las vírgenes de la religión católica, las guitarras, los faraloes, todo ese convoluto histórico-mítico al que le hemos echado cien veces la lejía de la Ilustración, para ver si lo borrábamos del mapa y le quitábamos a la patria el olor a váter católico, y ahora nos explota en medio de la cara. Lola Flores, monumento del mismo volumen mítico que el Valle de los Caídos, es el respiradero de esa España telúrica que alguien creyó muerta. Tiene España demasiado forro y demasiados fondos —todos reservados— para que desapa-

rezca todo eso con una mano de pintura socialista o baño republicano. El epicentro de toda esa explosión está, casi siempre, dentro de un triángulo mágico: Jerez, El Puerto, Cádiz. De ese humus salió esta Lola como Marilyn sale de América. Ese aire era el que le levantaba la falda y el que colaboró a que viéramos la matriz de la raza y su carnosa pierna: el sexo violento de Andalucía, juego fatal de amores y de odios, siglos de hambre canina, humillaciones y cautiverios, sin otro texto para explicarlo ni otra música para acompañarlo —a falta de la «Crítica de la Razón Pura» o de la música de la Heroica— que la copla, un desgarró hecho canción, los «Ojos verdes», «La bien pagá», o el «Pena, penita, pena», algo así como la música de Vivaldi, Mozart o Beethoven de un pueblo barroco, excesivo y analfabeto. Cierzo que La Faraona no sabía cantar como la Piquer, «Ojos verdes como el trigo verde», cierto que no tenía aquel duende de Miguel de Molina, «Bien pagá, fustide mujer», quien conmueve, todavía hoy, a las piedras de los cementerios, pero ha sido el tótem, y hasta el tabú, de ese caldo espeso, confuso y tremendo de la España de Despeñaperros, y lo era más antes de que los cascotes de la política, los intereses de la supervivencia, las rutinas del negocio o los rictus sociales la petrificaran en ese inmenso cartón piedra en que se convirtió y que se exponía por los saraos y escenarios de España. Que fuera ella, y no otra, la elegida por la historia para hacer ese papel papal es puro arbitrio: el mito se forma donde y con los materiales que le da la gana. Así, zarzamora descalza, esta Faraona reposa desde ayer en la Almudena para que toda esa España telúrica, quizá la única verídica, vaya a verla como si todos fuéramos una inmensa cola de mariquitas, como ella decía.

Quesada



Patarroyo o el equilátero

MANUEL HERRERO MONTOTO



Lo normal es que los hombres de toda clase y condición vendan su alma al diablo por una perra gorda. Porque el diablo es un artista tentando a un personal que pone cara de gilipollas a la hora de dejarse tentar. Nuestro particular diablo peludo y cuernicabrón, rabo de punta de lanza y cojuncillos incandescentes, a su paso por el mundo de los mortales se disfraza de algo tan simple y perecedero como lo es el vil metal. Somos de su propiedad y nos conoce tan al dedillo que cuan-

do, como, y donde le venga en gana juega con la parroquia al pimpampum. Pero algunos hombres se desmarcan, se cuentan con los dedos de la mano, son los titanes que resisten la diabólica embestida. Yo conozco uno: Manuel Patarroyo, premio «Príncipe de Asturias» de Investigación Científica. El médico colombiano se pasó por el arco del triunfo los 7.520 millones de pesetas que le ofrecía la gran multinacional del sarao farmacéutico y donó su vacuna contra el paludismo a la OMS. Si las cifras hablan de

300 millones de enfermos de paludismo al año, con más de 3 millones de muertos, la mitad en la población infantil, el sabio no podía permanecer cruzado de brazos ante la puja bastarda e interminable de los grandes laboratorios por hacerse con el control de la vacuna. El tiempo jugaba a favor de la muerte, cada segundo de estupidez mer-

cantil era un niño africano, asiático o sudamericano que se despedía de este valle con su cuerpecito bañado en sangre, sudor y lágrimas. Y en esto llegó Patarroyo y mandó a parar, pujó con más contundencia, la que le confiere el haber sido el padre de la criatura, y cedió la vacuna a la humanidad, a sus legítimos destinatarios, la

El médico colombiano se pasó por el arco del triunfo los 7.520 millones

población más desatendida del planeta. Ellos sólo le podrán pagar con el aliento y la sonrisa. ¿Hay moneda que brille más?

Con este gesto el científico Patarroyo se subió al podio de la perfección. Al triángulo equilátero del ojo luminoso que desde un infinito azul celeste vela y protege.

Y en sus vértices: la ética, la ciencia y el negocio. Equidistantes y armónicos. En nombre de los que iban a perder el aliento y la sonrisa: ¡gracias, Patarroyo!